

La invención poética en el niño

*Comunicación leída en sesión ordinaria
por el miembro correspondiente D. R. Oli-
vares Figueroa, a propósito de la poetisa chi-
lena de once años, Alicia Venturino Lardé.*

Los postulados de mis aficiones, me dictan el deber emocionado de hacer partícipe a la Academia de un hallazgo, para mí, precioso y digno de estudio y meditación muy detenidos.

La ancha clínica del mundo nos ofrece hoy el caso de una pequeña de once años, creadora de un estilo, artífice de juegos e invenciones líricas muy afortunados, y ésto constituye, por su rareza, una excepción que nos obliga a repasar las conclusiones de la psicología genética y a remover el acervo de nuestras noticias y observaciones.

Creemos saber que el niño, ser en desarrollo, no debe obligarse al cultivo de la disciplina creadora, tan desmedrante y fatigosa.

Parece que tales derroches de energía psíquica debieran reservarse para la época de plenitud biológica. Norma de economía vital es ésta; más aún: una simple práctica de la higiene del individuo niño.

Ahora bien: si señalamos la inconveniencia del esfuerzo creador en el niño, en nombre de las ciencias biológicas, de una manera general, difícilmente podríamos dejar de reconocer que dicha inconveniencia no lo es tanto cuando la invención surge sin esfuerzo, como yerba en prado, acuciada por las excelencias de un suelo rico en constitución, y la natural beneficencia de los meteoros.

Las estadísticas nos dicen, sin embargo, que lo que la teoría bien admite, la observación suele mostrar avaramente, y no por cierto creemos que dimane de la incapacidad del niño para la creación. Si el niño no crea obras transcendentales, bajo el punto de vista adulto, en general, el espíritu de creación en él late vivo, como Claparede y Piaget han demostrado, y señala la evidencia. El niño, en su círculo maravilloso de inquietud, es el creador por excelencia. Como en Suiza los anteriores, en

Francia Coussinet, en América Dewey, han observado que la aptitud de invención pueril es considerable. Llegó el adulto a su meta de cristalización, mientras, proteico, el niño se transfigura en un mar de aspectos y matices. Mientras nosotros nos nutrimos, como los sabios del instituto mítico de Lagado, en la ficción de Swift, de fórmulas y obleas, el niño lo revuelve todo y lo escudriña, y cuando no le responden las criaturas, alza el andamiaje de sus hipótesis o se eleva en el tapiz árabe de la magia sobre el hermetismo de las cosas. Por otra parte, la sensibilidad del niño para la percepción del mundo, es maravillosa. Se ha visto y nosotros hemos comprobado, que poseen una gran curiosidad para los hechos de orden científico y una gran capacidad para entender el arte. Concretando, diremos también, con feliz expresión ajena, que los niños son buenos conductores de flúido poético.

Pero es preciso decir algo de esta poetisa, cuyo cuerpo menudo es una copa demasiado pequeña para su espíritu. Sabed que no se trata de aplicarle el calificativo de precoz, porque este concepto entraña ideas incompatibles con la científica seriedad de sus progenitores: la precocidad, hija del artificio violento, casi siempre suele apoyarse en una disposición de tipo patológico. Alicita Venturino es una niña superdotada. Su finura mental recibe el estímulo del medio elevado en que se desenvuelve. Una educación en la que juegan factores tan valiosos como los ejemplos, el trato social y bibliográfico y el reactivo de los viajes, sin que el primer vuelo de la personalidad sea coaccionado en modo alguno, consideramos obradora de tan sutil desenvolvimiento.

Ahora tengo en la mano su «Opera Omnia»: el manuscrito de sus poemas de niña, y a fe, que experimento una cierta vanidad pueril, y aún os haría la burla del que come los piñones de su piña folklórica, si pudiera eso compaginarse con la gravedad que el sitio y las personas han de imponerme. Antes os ofrezco en la mano abierta los más sabrosos y dorados, porque me place haceros partícipes del inesperado festín lírico. Repasando, sin dejar una, las lindezas de la colección. ¡Qué sonora el alma recién nacida! ¡Qué vaho de lirios! ¡Qué puro sueño de arenas en el alba!

Veo la pequeña sobre los cerros—su atalaya de cabritillo mental—interrogadora, como buena niña. Sus ojos, bien abiertos y lozanos, se hunden en las cosas, como trompetilla de insecto muy goloso. Les chuparía el alma si pudiera:

«¿Por qué lloran, por qué silban los árboles?»

(«Llueve»)

Alicita, como el alma de Ibn Tofail, se reconstruye autónomamente su universo: mas, ¡cuánta inquietud y vacilación!... Casi la diríamos enredada en la misma tela de arácnido que ha tejido para enredar el mundo.

«Ella interroga a

«La estrella luminosa, que va por las nubes
cantando muy alegre...»

(«*La estrella fugaz*»)

y a la desolación de la playa en el día gris, y a la abuela común, vieja narradora:

«Tierra: cuéntame los cuentos
tan lindos
de cosas antiguas
que me contabas...»

(«*Tierra*»)

La vemos, desde su pináculo, elevar las manos al sol, como los incas, para preguntarle por su milagro de omnipresencia, y a la isla, que se arroja en el mar, y a la «montaña misteriosa», «que ama la noche», y a la selva, humanizada y magnífica, y a la roca

«Triste y trágica
porque el mar estaba quieto
y apenas reflejaba en sus aguas
su negra figura...»

(«*La roca*»)

y al mar, que arroja detritus sobre las playas.

A veces, las cosas responden a la niña inspirada; y estas contestaciones que tienen algo de sentencia, nos parecen de una profundidad abrumadora.

Repasando el libro de Alicia, notamos el hecho de la mala opinión que, para la niña, merecemos los adultos. La montaña, devastada por el hombre del hacha de acero, clama por su ornamento antiguo; dice la selva:

«Yo amo al hombre,
a pesar de que es malo,
porque veo que sufre»

(«*La selva*»)

En «La respuesta del mar», la pequeña poetisa, después de preguntarle cómo abandona sobre la orilla restos y basuras, le propone:

«¿Acaso no amas a los niños?»

y hace que conteste:

«Sí—dijo el mar—amo a los niños,
pero no a la humanidad,
porque es malvada».

Estas notas nos inclinaron a creer en contrariedades ya vividas, a través de esa peregrinación fraternal que va realizando junto a sus padres. Los coscorriones recibidos contra las aristas del mundo, constituyen su depósito de experimental filosofía. La montaña avanzando sobre sus ojos, le hizo saber, en un instante litúrgico, algo de su frialdad y aspereza. Este es el aspecto doloroso de la poesía de Alicia Venturino Lardé.

Preferiríamos verla más ocupada con su mundo infantil, con sus pájaros y muñecas; pero era fatal el choque. Se adelantaron las aguas más profundas para llenar su cantarillo de viaje, y se le entraron por el alma, cuando, para los otros, aún no ha solido llegar el tiempo.

De sus invectivas e ingenuas pedradas a la frente del mundo, nada tan dulce como ésta:

¡Qué malo el invierno!
Cómo rompe las rosas,
las violetas, los lirios y las azucenas!

Sólo la primavera es buenita
con todas su flores.
.....
¡Malo invierno, ándate ya de mi casa!
.....
¡No arranques más pétalos
ni hojas!...

(«Invierno»)

Pero si prescindimos de dicho aspecto de la creación poemática, para brujulear entre la gracia de su «silva locorum», ¡cuántas compensaciones! Todo el espíritu nos desgrana esta nenita primorosa, como en lluvia de oro, sobre el pecho herido de belleza, y entonces, ¡es tan niña!

Sobre sus escenarios viajeros, ha dialogado con los bobos pingüinos

australes, las gaviotas, los colibrís y las golondrinas. Ya sabemos algo de esta comunicación de los niños con nuestros hermanos inferiores, a la que sólo los poetas, probablemente, concederán un valor exacto, y este motivo le ofrece lindas ocasiones para destrenzar sus leves guirnaldas sensitivas.

Despuntan las flores maternas sobre esa tierra tan propicia del amoroso cuidado y la redoblada curiosidad, porque en la niña bullen como se sabe, las cálidas esencias de su destino, desde el amanecer, y así nos regala con los primores de la ardillita que mató al zorro, «El osito», cándido poema, y, sobre todo, «El pajarito», magnífica balada en tono menor, que para nosotros, constituye un documento lírico infantil de primera clase, por su sentido gráfico y vitalidad, y la sorprendente fuerza emotiva de sus estrofas.

Otro de los méritos de nuestra pequeña es su capacidad para comprender y cantar el alma del paisaje, y yo os citaría más ejemplos, si no temiera sobrepasar los límites asignados a estas comunicaciones.

El hallazgo de Alicita Venturino Lardé, la más joven poetisa americana, viene a cautivarnos en nuestro rincón de ensueño cordobés, y a hacernos la vida un momento más encendida y acariciante.

Ahora, señores académicos, pues que el manuscrito de la niña chilena, reproducido, queda aquí, puede ser, con mayor detenimiento, ser estudiado, y contrastadas mis observaciones.

HE DICHO.

* * *

«La naturaleza y yo»⁽¹⁾

MARIPOSA

Mariposa, que tienes los ojos
como dos gotas de lágrimas,
como dos gotas de tristeza,
como dos gotas de sangre
rojas, rojas...

(1) Texto de la obra lírica de Alicita. La reproducimos como documento. Así podrán contrastarse mejor nuestros juicios críticos. Se trata de un Coloquio entre el Alma-niña y el Mundo, y este sería su mejor título.

EL CABALLO

El caballo iba triste.
El caballo iba sólo... ¡Sólo!...
sin nadie que lo montara.
Iba sólo y triste por el camino...
De pronto, la luz de un rayo
le hirió en la frente,
y el caballo se tiró al río...
¡Y el caballo que iba solo,
no volvió más!...

LLUEVE

Llueve sobre la ciudad y sobre los campos,
y el agua chorrea por todas las ramas
de los árboles...
Llueve, llueve, llueve...
¿Por qué lloran, por qué silban los árboles?...
¿Son acaso gentes?...
Llueve, sigue lloviendo,
y el viento
anda corriendo como loco...
De pronto sale el sol, y sobre las ondas
del mar,
quiebra todas sus luces brillantes,
y no llueve más...

INVIERNO

El invierno ha venido a mi casa,
y ha roto los ramos de flores
tan lindas,
que había en las plantas...
¡Qué mal el invierno!
¡Cómo rompe las rosas,
las violetas, los lirios y las azucenas!...
Sólo la Primavera es buenita

con todas las flores:
las hace más lindas y más olorosas...
¡Malo Invierno: ándate ya de mi casa,
no destroces mis ramos,
no arranques más pétalos
ni hojas!...

LOS PINGÜINOS

Llevan una vida así:
viven pescando, y un rato van al agua
con sus alitas grises, como nubes cargadas de lluvia.
Después, se salen a la nieve...
Cuando llueve, todos los pingüinos
se ponen alegres,
y juegan muy graciosamente.
Sus ojos tristes brillan de contento...
Se van a las rocas en donde viven,
y hacen sus nidos.
Ponen sus huevitos, nacen sus hijitos,
y, cuando son grandecitos,
les ayudan a pescar a sus papitos...

LA ESTRELLA FUGAZ

La estrella luminosa, que va por las nubes
cantando muy alegre y regando su luz,
es un lindo meteoro
vibrando sus luces por el espacio azul del cielo...
Los ojos del meteoro son, en verdad, de luz...

LAS GAVIOTAS

Las gaviotas vuelan sobre el mar.
Con sus alas tan grandes
se van a las rocas, y hacen su nido
muy bien tejido...
y, cuando cae la tarde, todas las gaviotas
se reúnen en vuelo...

y, cuando la noche llega,
se duermen en silencio...

EL RÍO

Por la arboleda cruza el río.
El sol se refleja en las aguas,
y forma lindos encajes de colores...
Un nido de colibrí hay en una rama,
con sus pequeños huevitos.
El colibrí, todos los días,
se va a bañar al río,
y esponja sus alitas que parecen de oro y plata.
Las flores crecen bajo las arboledas...
El río, tan extraño con sus peces de color
de plata, que brillan con el sol...
Bajo de la palmera, en una rama,
también hay un nido de hornero.
Y se ven entre todos los follajes
las grandes montañas...

LA ARDILLITA

La ardillita salta y juega,
y un zorro la vió
y, de alegre, se la comió...
¡Pobre ardillita,
tan chiquita y tan bonita,
y cómo murió!...
¿Qué habrá hecho,
que nunca resucitó?...

LAS MONTAÑAS

Las montañas son tan altas
que casi alcanzan al cielo.
Las nubes vienen a besarlas,
y les sirven de compañeras...

Las montañas se ponen tan alegres
cuando ven venir a las nubes...

Los árboles dan frescura
también a las altas cumbres,
y las hacen más bonitas
con su color verde oscuro...

LA VANIDAD DEL MAR

El mar sólo ama a las rocas altas
porque por ellas pueden elevarse sus olas.

Las bajas no las quiere
porque son feas y negras.

Por eso las escupe y no quiere mirarlas...

Sólo las grandes le gustan...

Y el mar les arroja sus bellas espumas,
al estrellarse en ellas,
como leves racimos de garzas blancas
y gaviotas...

EL HURACÁN

La playa con sus rocas está solitaria.
El huracán viene silbando y gritando
y arrastra las arenas y forma los médanos...

Las olas del mar andan locas
chocándose unas con otras
y haciendo hundir a los barcos
que no se fijan que hay neblinas...

Y todas las gaviotas
huyen, llenas de miedo,
y van a esconderse detrás de las rocas...

LUNA

Luna bella sobre el mar,
que rompe sus monedas de plata

sobre las orillas de la playa
al mismo tiempo que el oleaje marino
como un destino humano
que se rompiera de súbito...

PLAYA

(Copacabana - Brasil)

Playa, ¿por qué estás tan desolada?
Dime: ¿por qué está triste el mar
y las olas no chocan
alegres contra las rocas?...

¿Por qué estás tan desolada?
¿Cuál es tu dolor?

Dijo la playa:
porque todo está gris
y no sale el sol...

MI TIERRA

Mi tierra, mi tierra
va girando, va girando
como una pelota
que se desgastara
en la vida...

LAS NUBES

Las nubes cargadas de agua
se deshacen en lluvia,
y el trueno ruge con furia,
estremece a la montaña,
y el rayo que cae
trae una luz magnífica...

RANCHO

Humilde rancho de paja,
cuando viene la lluvia,
todo lo moja.

Caen adentro muchas gotas de agua,
y empapa a la pobre gente
que allí vive.

LOS RATONCITOS

Los ratoncitos
tan chiquitos y tan bonitos,
todos los días van a mi mesa
a comerse los pedacitos de pan
que yo dejo...
Todos los ratoncitos
son muy bonitos,
con su colita
larga y lisita...
Si yo dejo un pedazo de dulce
en mi mesa,
todos los ratoncitos se lo comen,
porque son muy picaroncitos...

EL CORCOBADO

(Copacabana - Brasil)

Con su altura, la montaña casi se esconde en el cielo;
parece que ella ha crecido para ver mejor el mar...
El Cristo del Corcobado tiene los brazos abiertos
como dos alas tan blancas y tan lindas
que parece que quieren abrazar
a toda la tierra...
Cuando las nubes grises
bajan a buscar la montaña,
cubren casi todo el cuerpo del Cristo
y sólo asoman, por entre aquella oscuridad,
sus dos manos, como dos palomas blancas.
y su linda cabeza, como de una bola de luz,
como si estuvieran suspendidas en el aire
o del mismo cielo gris...

TIERRA

Tierra: cuéntame los cuentos
tan lindos,
de cosas antiguas
que me contabas antes
y ya no recuerdo...

Cuéntame, Tierra, los cuentos
de antes,
los cuentecitos que me contabas
y ya no recuerdo...

Dijo la Tierra:

—No... porque tú eres un ser humano
y no comprenderías mis palabras...

EL AVE MARINA

Una vez, un ave marina
fué al mar,
y vió en aquellas enormes montañas de agua
la luz solar,
y se alegró tanto, que se puso a volar y a volar...

EL PAJARITO

¡Pobre pajarito,
tan chiquitito,
que recién nacido
murió!...

¡Pobre pajarito,
que, recién nacido,
el frío lo mató!...

¡Pobre la mamita!
¡Está tan triste!
Mira a los cielos,
se revuelca entre las plantas
de dolor...

Se ha muerto su hijito,
y lloran los árboles
junto a la mamita,
que llama a su hijo
con aflixión...

¡Pobre pajarita!
Rompe las flores,
se revuelve entre las plantas,
y se arranca las plumas...

Y el papito, triste,
dice: cállate, estoy loco.
¡Ha muerto mi pajarito,
y no vendrá más...

EL OSITO

¡Pobre osito!
Juega lo más alegre,
con una pelota de nieve, y goza.

Goza... y la osita contenta
juega con él...

Y el papito se alegra
de verlo jugar.

Le hace una pelota grande
y, entre la mamita y el hijito,
juegan a tirarla...

¡Pobre osito! Siempre viviendo en la nieve
tan fría,
con su mamita y su papito,
y cuando muere,
lloran las flores de hielo y botan sus pétalos,
y se deshacen las nieves, de tanto llorar...

SOL

¡Ah, sol de América!
Tú, que eres tan grande y tan bello,

¿cómo pueden tus rayos hacer el milagro
de fecundar a toda la América?...

ISLA

Surges amontonada, y cubierta de selva,
de verde selva virgen,
y toda rodeada de mar...
¿Cómo puede ser este fenómeno
que te levantes de entre las aguas?...
¡Ah, es que la naturaleza te ha formado así!

LA MONTAÑA MISTERIOSA

La noche estaba oscura,
y la montaña trágica, en medio de la noche,
parecía negra como el cielo...
Yo, al pasar cerca de ella, le pregunté:
—¿Por qué, ¡oh montaña!, amas la noche
y te vistes de tinieblas, como ella?
Tú, que eres tan hermosa, bajo la luz del día,
con tu ropaje verde, como de esmeralda,
¿prefieres la oscuridad, que te roba
tu verdadera figura,
y el divino color que te llena de alegría
y hace feliz a los pájaros?...
Mas la montaña no respondió.

LA SELVA

La selva misteriosa
tan humana con la gente
que le brinda su leña y sus frutos.
En el mundo no hay otra cosa igual,
llena de árboles de todos colores:
verde claro, oscuro, negro, amarillento,
verde marino como esmeraldas gigantescas...
Yo le dije:
—Selva, tú no amas al cielo,

que, a pesar de tu altura,
parece que te agachas a la tierra
para tenderle tus brazos-ramas a los hombres.
«—Sí—me respondió—, pero amo más al ser humano
a pesar de que es malo,
porque veo que sufre»...
—Selva, ¿y a la noche, no la amas?
«—Sí, también la quiero,
porque con su rocío me fecunda
y me hace surgir más vigorosa
como me hace la lluvia»...
«Pero más que a todo, amo la luz del día
porque, bajo su luz,
resurjo más hermosa,
y las enredaderas, llenas de flores,
que me adornan,
aparecen más nuevas
y resplandecientes, bajo mi follaje...»

LA ROCA

La roca estaba triste
porque el mar no se estrellaba en ella.
La roca estaba triste y trágica
porque el mar estaba quieto
y apenas reflejaba en sus aguas
su negra figura...
Y la roca, al fin, le dijo un día:
«—¡Oh mar!, tú, que eres tan infinito
y misterioso,
¿por qué no vienes a estrellarte en mí
y revientas tus ondas en chorros
de blancas espumas?...
Sabes que adoro el movimiento
porque yo no lo tengo,
y, con cada uno de tus vaivenes,

me hago la ilusión de que soy yo
la que ondula...
Mar, inmenso y misterioso,
con tus aguas verdes y transparentes
parece que fueras
una bella esmeralda movable...»

DIJO EL MAR...

Dijo el mar:
¿Cómo es eso, que siendo tú tan grande,
y teniendo montañas tan altas,
y siendo tan movable
los hombres, cuando pasan a mi lado,
me pisan y escupen,
y me tiran palos, basuras,
restos de comidas e inmundicias?...
¿Cómo es eso, que ni siquiera me respetan
y que siempre he de vivir humillado?...
Y levantando sus aguas con furia,
fué a buscar a las rocas,
y le arrojó un enorme escupitajo,
les arañó la cara, y las mordió.

LA RESPUESTA DEL MAR

Mar: ¿cómo es eso que arrojas escupos,
cangrejos, conchas, palos podridos
y sucias espumas, sobre las rocas
y las playas?...
¿Acaso no amas a los niños?...
«—Sí—dijo el mar—, amo a los niños
pero no a la humanidad,
porque es malvada...»

EL HURACÁN COLÉRICO

El huracán ruge colérico,
y el mar grita también

cuando lo vé pasar,
y arroja sus montañas de agua
contra las rocas,
que se desflecan, al chocar...
Y todas las gaviotas, garzas y petreles
van en busca de su nido...
Arrebatadas por el huracán,
las olas corren locas,
persiguiéndose, unas con otras...
Y el viento silba y llora,
como un niño perdido en medio de la lesva...

EL RÍO Y LAS AVES

Entre el bosque corre un río,
resbalándose por unas rocas lisas.
Los pajarillos vuelan encima de la corriente.
Todos los árboles están cubiertos de flores.
El río hace música como una guitarra,
para decirles a los pajaritos
en una canción:
Vuelen, vuelen sobre mí,
lindas avechitas, que yo os lanzo espumas,
cuando choco contra estas rocas lisas...

EL DOLOR DE LA MONTAÑA

La montaña, mirándose en el espejo de un lago,
le preguntó con amarga tristeza:
—Lago: ¿por qué causa, en tus aguas
no me reflejas hermosa, como lo haces
con mis otras hermanas?...
—¡Ah!—le respondió el lago—
te copio tal cual eres:
pelada, sombría, y, a decir verdad,
un poco fea...

Antes eras hermosa, como las otras montañas,
 pero el hombre, malo como siempre,
 te arrancó, a golpes de hacha,
 (todos tus bellos árboles),
 para fabricar leña y carbón...
 Y, al dejarte desnuda,
 hizo huir a los pajarillos, que te alegraban
 con sus dulcísimos cantos,
 y no te quedó ni una sola flor que disimulara
 tu fealdad...
 ¡Oh montaña!, ¿qué quieres tú que yo le haga?
 Si no puedo devolverte el encanto
 que los hombres te robaron;
 no me queda mas que copiar en tus ondas
 tu horrible joroba...

LA BARCA

La barca pescadora
 está flotando sobre el mar.
 Es la hora de la pesca.
 Los pescadores
 tienden las redes al mar.
 Y al sacarlas, vienen dentro
 un sin fin de pececitos
 de todos colores,
 que brillan con el sol...

LA NOCHE

La noche estaba negra.
 La luna reflejaba su mirada de plata
 sobre las ondas del mar.
 El mar parecía todo de plata.
 Y las rocas, más negras que la noche,
 esperaban al día,
 y la salida del sol...

PAISAJE

Las montañas, con sus árboles de color verde,
hacen alegrar la vista.

Se ven las lindas golondrinas que vuelan
por el espacio azul.

Las nubes blancas que van vagando
por el cielo,
hacen regocijarse a las aves...

Y todo es luz...

LAS ROCAS ALEGRES

Las rocas están contentas
porque el mar se estrella en ellas.

Una vez, el mar
se estrelló en ellas tan fuerte,
que el sol que estaba en el cielo
hizo iluminar los borbotones de agua
como verdaderos montones de luz...

LAS GOLONDRINAS

Las golondrinas se van para las montañas,
y allí picotean los frutos
que les sirven de alimento,
Allí hacen sus nidos, y ponen sus lindos
huevoitos.

Después, nacen nuevas golondrinas,
y, cuando termina la primavera,
ellas emigran para España.
Luego, tornan a América...

LA FUENTE

La fuente corre por debajo de los árboles.
En el campo hay florecillas
de color morado y amarillas.

La fuente va sonando
entre las piedras cubiertas de musgos.

Allí llegan a beber agua
los lindos pajarillos
que alegran a la fuente
con sus cantos dulcísimos...

LA PASTORA

La pastora muy temprano se levanta
a llevar las ovejas a beber agua al arroyo...
Y el arroyo va contento, caminando, caminando,
por las selvas, y los campos y los valles...
La pastora,
después de dar a beber a las ovejas
en la grama fresca y linda,
se sienta, y teje su lana,
mientras sus animalitos se riegan por los campos
a comer pasto verde...

LAS FLORES

Las rosas estaban en el jardín,
y exhalaban un grande olor.
Llegó una mariposa, y se paró en la flor,
y libó su miel.
La mariposa quedó contenta
aprovechando el néctar divino de las flores...

LA SUCURÍ DE AGUA

El río era ancho, como una sucurí
que iba enroscándose
con lentitud,
en la selva, cargada de flores...
Los pajarillos volaban encima
de los árboles,
picoteando sus ricos frutos...

El río les daba de beber
de su agua cristalina
que parecía que era de luz...

LOS COCOTEROS

Los cocoteros temblaban, porque el viento,
arrastrando las arenas,
las aventaba contra sus troncos...

Y, a cada golpe recibido,
se les escapaba la savia,
y los cocoteros ya no podían más
de dolor...

Y entonces, con angustia,
comenzaron a llorar...

Y el viento no sabía que hacía tanto mal...

LAS DUNAS

Las dunas estaban amontonadas
a las orillas de un lago,
en el cual se reflejaban.

Y un día que el sol estaba muy fuerte,
calentó las arenas del lago
de modo tan horrible,
que las pobres dunas murieron de sed...

Y el viento las atrastró...

EL PALMERAL

Las palmeras hacen un juego gracioso con el mar.
De noche, por entre sus lindas ramas verdes,
se ve la luna llena...

Y, bajo aquella luz, el mar
cambia el color de sus aguas
como si fueran de plata...

Y las palmeras se reflejan en las arenas
como lindos encajes...

EL TRONCO DEL ÁRBOL

El mar arrastraba un gigantesco tronco
de un árbol.

El viento furioso se lo quiso quitar
y, soplando con furia,
y silbando como una culebra,
empujó al grande tronco
y lo sacó a las orillas
de la playa arenosa...

LA CASCADA

La cascada
desbordada,
despéñase desde enormes alturas
lanzando sus aguas cristalinas
mezcladas con blanquecinas espumas...
Y las rocas, tan negras, se ponían alegres,
al sentir la caricia
del agua...

FIN

